

Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 14 DE SEPTIEMBRE DE 1914

NÚM. 1.707

LA GUERRA EUROPEA. - EN TERRITORIO BELGA



Carabineros belgas defendiendo la entrada de una aldea. (De fotografía de Branger.) - Aldeanos huyendo del avance de los alemanes. (De fotografía de Rol.)

SUMARIO

Texto. - *Alma baturra*, por José Pérez Hervás. - *Picullín*, por Vicente Díez de Tejada. - *La guerra europea*. - *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). - *Fallecimiento de S. S. el Papa Pío X*. - *Libros enviados a esta redacción*.
Grabados. - *La guerra europea. En territorio belga*. - Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Picullín*. - *La guerra europea. El ejército alemán*. - *Melilla. Los zocos de los territorios últimamente conquistados* (lámina). - *La guerra europea. El ejército francés*. - *Mapa de Austria*. - *París. Asistamiento de voluntarios*. - *El ejército francés*. - *El bombardeo de Belgrado*. - *El sitio de Amberes*. - *Su Santidad el Papa Pío X en su lecho de muerte*. - *Bruselas. Salón de baile del Palacio real convertido en hospital*.

ALMA BATURRA

Tomé el tren con alegría inmensa. Por fin, terminadas mis ocupaciones en Zaragoza, podría descansar un par de meses en la hacienda que mi tío Andrés tiene en Lituénigo.

Había dejado en mi casa del Paseo de Torreros libros y revistas, y me proponía descansar en grande pues el oculista me prohibió leer ni tan siquiera una carta, ya que, de lo contrario, no respondía él de la curación de mis ojos cansados de tanto estudiar, leer y escribir, y también (¿tenemos derecho los escritores de decir a todos nuestras penas?) de tanto llorar. Pero entonces iba bien alegre. Los palos del telégrafo me parecían monigotes que a saltos se precipitaban unos contra otros, y aquel pensamiento tan simple me hizo reír. Menos mal que iba solo en el compartimiento. ¡Mire usted que somos chiquillos a veces! Sentía el placer de reír a carcajadas por nimiedades, por imaginaciones locas de muchacho que se me ofrecían.

Pegado en la ventanilla fijaba con avidez mis ojos en los verdes campos que, como cinta inacabable cinematográfica, corrían en contraria dirección. Pueblos lejanos, encaramados en peladas colinas; casucas blancas, rodeadas de verdura; negras norias, asomando sus rojos cangilones sobre terrosas tapias; pasos a nivel, con la garita de la guardabarrera junto a un huerto diminuto y la clásica mujer con una rínglera de chiquillos, el mayor de los cuales, en posición de «tercien, armas», mantenía arrolladas las banderas de libre paso; y en primera línea, antes de todo ello, los monigotes del *tilingrafo* haciéndome reír: y entre mi risa exterior, de la que apenas me cuidaba, y mi risa interior, que me sedaba el espíritu, la parte alta de mi mente reflexionaba así:

«Vas alegre, jocundo. ¿Sabes por qué? Te alejas de la ficción, del bullicio, del exceso. La gran ciudad no encierra más que comparsas e histriones; personas que te odian, te dan amistosamente la mano; mujeres que desean tu ruina moral y material, te hacen los halagos más atrayentes; seres que son, o se creen superiores a ti, te ensalzan; otros inferiores a ti te critican y desprecian.

«Allí trabajas como un loco para nada; ni tienes tiempo para comer; al día le basta su malicia, y, sin embargo, tú añades roña a la sarna quitándote horas de sueño. ¿Para qué? ¿Tanta ansia tienes de vivir de prisa? ¿Acaso se lo merece ese vivir? Repara bien en que la vida es como la camisola de un niño: corta y...»

Mi risa exterior aumentó; el adjetivo se las trae. Justamente entonces el tren entraba en la estación de Borja, en la que si el letrero del pueblo no está muy visible que digamos *los otros* los ve quien no distingue tres en un burro.

Al salir de la estación tomé la diligencia que conduce hasta Vera de Moncayo, y en este pueblo alquilé una caballería para ir hasta Lituénigo. El muchacho que hacía de espolete iba más callado que una tumba. Yo, gozándome en asentir a las reflexiones de mi hombre superior, convenía conmigo mismo en que realmente la vida no merece quizás tanto ajeteo. Gracias que en el pueblo ya descansaría; mis ojos no verían los chillones anuncios de las esquinas; mis oídos no sufrirían con aquellos fragores barrocos. ¡Qué bien se estaría allí, olvidado hasta de que existía la capital!

Cuando llegué era casi noche. Antón, el mozo de labranza, me esperaba a la entrada del pueblo. No había bajado a Borja por no dejar la faena; y Juana, la moza de la casa, estaba muy atareada vigilando la llegada de los carros que venían de la tala atestados de troncos y ramaje.

Doña Virtudes, madre de Juana y ama de llaves, me sirvió de cenar y se retiró a la cocina; Antón vino a ver si se me ofrecía algo, y, diciéndole que no, retiróse también. Al salir de mi habitación topé con Juana que entraba, y le dirigí una tierna mirada a la que ella contestó con el mayor desprecio.

«¡Pobre amante desdeñado!», pensé.

Juana se acercó a mí, y con soltura comenzó

a desocuparla de los cubiertos, copas y botellas. Yo fumaba silencioso, mirándola sin atención entre el humo del cigarro. La moza era garrida y de sanos colores; robusta de espaldas y pecho, y de caderas poderosas; sus ojos hablaban y su boca reventaba de ganas de charlar. Por fin no pudo contenerse:

- ¿De Zaragoza, señorito?

¡Qué fastidio! Me había olvidado de la capital, de su loco bullicio, de sus falsas ficciones, de su cruel *surmenage* y aquella zafia con una sola palabra había evocado todas sus torturas. Roto el quietismo de mi mente, quedéme con los ojos fijos en las espirales del humo de mi cigarro; y Juana, viendo que no le contestaba salió despechada de la habitación.

No sé qué se fué musitando, pero la olvidé y con ella las evocaciones de la capital. Al día siguiente amaneció lloviendo; desde las ventanas de mi alcoba miré al patio: Juana, desnuda de media pierna abajo, iba cargada con un cubo de mondaduras cocidas hacia la pocilga. Antón aparejaba la yunta. Doña Virtudes tiraba puñados de maíz a las gallinas. La vida sencilla del campo se me ofreció, con aquellos aspectos, nuevamente encantadora. Determiné almorzar y salir a la campiña: con la lluvia verdeguarían más las hierbas, y su tono más intenso aliviaría a mis ojos dándoles descanso.

Juana, peripuesta ya, sirviome de almorzar. La miré. No parecía guardarme rencor por mi desprecio de la vispera. Advirtió mi mirada y preguntó:

- ¿Desea algo el señorito?

- Nada de particular.

- ¿Ha dormido bien el señorito?

- Perfectamente.

- ¿Está bien frito el jamón?

- Sí, así me gusta.

- ¡Como aquí hay tan poco para elegir! ¡Si fuese en Zaragoza!

Volvió a sonar la palabra, y la expresión de mi rostro le dejaría entrever algo de mi disgusto, cuando añadió:

- Dispense el señorito. Yo he estado sirviendo en Zaragoza tres años y no puedo con esta vida de aquí. Lituénigo es un campo santo.

- ¡Cómo! ¿Qué te falta aquí?

Juana exhaló un suspiro.

- Aquí no hay cines ni teatros ni manubrios ni bailes. Los mozos son unos pelmas. ¡No puede imaginarse el señorito qué fastidio!

- ¿Y Antón?

- ¿Antón?

- Sí.

- Simplete y bueno; no pasa de ahí.

- ¿De modo que no estás contenta aquí.

- ¡Ca!

- Ya ves, yo pagaría por no volver nunca allá. Si esto fuese mío, si mi tío me lo deja algún día me vengo a vivir aquí y no me mueven aunque me aspen.

- ¡Ja, ja, ja!

- ¿Te ríes?

- Claro, el señorito no ha visto esto en invierno. Ya para septiembre el Moncayo se pone un gorro tremendo de nubes, y cuando se lo quita, antes de entrar octubre, es para tirárnoslo convertido en nieve.

- Eso no importa, más pintorescos resultarán estos sitios.

- Sí, sí; para un día, bueno; pero para pasarse aquí lunes tras domingo y martes tras lunes - ¡quía! Figúrese usted; ni pan hay a veces. Lo que es yo no pasaré otro invierno aquí; se lo prometo. Mi madre no quiere que me marche, pero yo sí, y me iré.

- ¿Y Antón?

- Bah, señorito, déjese de bromas; ya le he dicho que Antón es un simplete.

Esta vez fué Juana la que salió de mi habitación sin aguardar mi réplica, y me quedé solo con mi hombre superior reflexionando:

«La vida es como se la mira: desde la ciudad, el campo es apetecible; la estancia en un pueblo campestre, deliciosa. Desde el campo la ciudad atrae como enorme magneto; la vida en ella es encantadora. Desde tierra la inmensidad del mar fascina con un atractivo de misterio desconocido; y desde el mar las lejanas y azuladas playas nos llaman como un himno de esperanza. Desde la tierra, el espacio nos subyuga y, más que con el cuerpo, seguimos con el alma al intrépido aviante que rápido lo cruza; y desde el asiento del avión se mira la tierra con añoranza infinita. ¿Sabemos lo que deseamos?»

Me acerqué de nuevo a la ventana y vi a la moza distribuyendo la comida a los leñadores que partían para el rebollar; un trozo de pan moreno, que bien pesaría dos libras; una gran lonja de tocino. Aquellos hombres, ¿desearían también irse del pueblo, como la moza que les distribuía el alimento?

Mis reflexiones me pusieron de mal humor: renuncié a salir. Juana entró, y aprovechando la oca-

sión de machacar en hierro candente, me dijo:

- ¿No sale el señorito? Hoy es uno de los mejores días que hacen por este tiempo; solamente tendrá que cambiarse de ropa cuando venga, o secarse al fuego, porque eso sí; lo que es leña, hayla abundante.

Me dieron ganas de mostrarle que tenía razón, arimándola un bastonazo; pero me contuve. Le dije que llevase mi tarjeta al boticario, al médico, al cura, al maestro y al alcalde.

Juana estalló en risotadas.

- ¿Qué, no lo sabe, señorito? Aquí no hay boticario, pues vamos a Vera por las recetas; tampoco hay médico, pues el de Vera viene cuando le llaman y... quiere venir; el cura murió hace tres meses y aun no lo hay nuevo; maestro tampoco se ha conocido nunca aquí, y el alcalde no sabe leer ni casi hablar; el único que sabe un poco de letra es el secretario; pero casi siempre está fuera, porque es el ordinario de Tarazona y...

No la dejé acabar. Rabioso, salí de la habitación y luego de la casa, para convencerme de que era imposible el tránsito por aquel interminable bache... Pasé un día de perros; al siguiente la misma lluvia menuda y continua caía sobre el campo. Aburrido me determiné a regresar a Zaragoza. Llamé a Juana y la mandé preparar la maleta. La moza lloraba.

- ¡Quién pudiera irse con usted, señorito!

Pero al otro día salió el sol y desistí de mi marcha. El tiempo se afirmó y pasé un verano delicioso. Un día Juana se me acercó:

- Señorito, ¿es verdad que marcha usted el 1.º de septiembre?

- Sí.

- Pues yo también me iré, ya lo tengo todo preparado, y no volveré más a Lituénigo.

A mediados de agosto volvía Antón sobre un carro lleno de trigo, del aechadero; y al vadear la casi enjuta Huecha un resbalón de la mula de varas hizo caer al pobre mozo y a unos cuantos sacos que pesadamente cayeron en el lecho de la rivera. Por la poca agua escapó Antón de morir ahogado; pero la carga de aquellos sacos era tal, que le fracturó la pierna derecha.

La tardanza del médico de Vera en acudir fué causa de su irremediable cojera. Yo subía todos los días a su pobre cuarto, y allí le consolaba de lo que según mis sentimientos debía de sufrir; pero Antón, desanimado al principio, pareció animarse más cada día, al hacerse más segura su cojera que medio lo inutilizaba para el trabajo. Doña Virtudes, todo caridad, le atendía solícita, y la moza Juana se desvivía por cumplir las órdenes del médico D. Valentín, que, jinete en una segunda edición de Rocinante, llegaba cada día a media mañana.

Amaneció por fin el día 1.º de septiembre. Mi maleta estaba hecha. A la puerta me esperaba un hombre del pueblo con una caballería, que me había de llevar hasta la diligencia de Vera de Moncayo.

Doña Virtudes me había cargado un cesto con embutidos de lo mejor. Antón, de quien me había subido a despedir, me dió muchas expresiones y gracias para mi tío, que había escrito para que el mozo siguiese siempre en la casa y se pagasen de su dinero médico y medicinas. Sólo Juana no parecía. Llamáronla por orden mía.

- Adiós, señorito, buen viaje.

- ¿Qué, no te vienes a Zaragoza?

La muchacha enrojeció. Sus ojos brillaron con intenso relámpago y contestó resuelta:

- No.

- ¿Pues?

Acercóse más a mí y con la brevedad propia de su tierra, dijo:

- Antón..., ¿sabe usted? Está casi inútil. Me quiere. ¡Si no se hubiera roto la pierna! Pero ahora necesita de mí, y trabajaré para ayudarle. Nos casaremos para la Virgen. ¡Pobre!

Y la moza se enjugó una lágrima. Yo me volví para que no viera que mordía el labio inferior con objeto de ocultar un sollozo que me ahogaba.

Dominada mi emoción exterior, subí a la cabalgadura y con un gesto de mano me despedí de Juana; y entonces vi, al alzar la vista, la mole ingente del Moncayo, y pensé que aun era mayor el alma de aquella moza baturra de Lituénigo.

JOSÉ PÉREZ HERVÁS.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

PICULÍN, POR VICENTE DÍEZ DE TEJADA, dibujo de Tamburini



Yo hacía vagar mis ojos desquiciados por toda la habitación

Yo era muy pequeño; una criaturita. ¿Qué podía yo tener?, ¿siete años?, ¿ocho años?.. No; yo tenía ya nueve años cumplidos; pero no los aparentaba. Era menudito, raquítico, desmedrado, paliducho... Estaba mellado aún: mis dientes se reponían con dificultad por falta de vida de mi depauperado organismo. Yo era sólo una cabezota gorda y desdibujada, en la que, sobre una boca bezuda y flanqueando una respingadilla nariz, brillaban dos ojos grandes, un poco saltones y hasta un pòquito extravismados hacia las sienas. Decían de mí que me parecía a las angulas; y es claro, se reían todos, todos... Yo creo recordar que también se reía un poco mi madre... ¡Qué pena me da decir esto, hoy que mi madre está muerta!..

Pero no yerro, no; mi madre también se reía de mí un poco... Me llamaba Cabezón de la Sal, rana pisada, sapo... y otros remoquetes desamorosos que a mí me dolían mucho... ¡Como si yo tuviese la culpa de ser como era!.. ¿De dónde vine yo, Dios mío, y de dónde habían venido los demás niños que yo veía; tan hermosos, tan lindos, tan fuertes?..

Mi padre, como era muy huraño, se contentaba con darme capones, con estirarme las orejas y con zurrarme la badana de vez en cuando.

¡Ay, mi cabeza!.. La cabeza me dolía mucho, me dolía siempre, y por todo consuelo y por todo bálsamo, me decían: «¡Anda, que no te dolerá *total*!..» ¡Como la tenía tan grande!..

Se murió mi madre, no recuerdo de qué; apenas me acuerdo de ella... ¿Por qué no me acuerdo yo de mi madre? ¿Por qué no se inundan mis ojos de lágrimas al evocar su nombre?.. Y mi padre se casó de nuevo a los pocos meses. ¡El tampoco debía de acordarse mucho de ella!.. Mi madrastra era como mi madre, con la agravante de no serlo; y sí en tiempos

de la difunta había pan y palo, en los siguientes perduraba el palo y escaseaba el pan. ¡Cuántas hambres pasé en aquellos días, en aquellos años!..

Yo era el encargado de ir a la compra. En invierno llegaba a casa aterido de frío; la jarrica de la leche escapábaseme de las manos, heladas; los pies, mal calzados, húmedos, desnudos, se me llenaban de sabañones fistulados que no me dejaban andar. Cada invierno, con sus hielos, se llevaba un trocito del borde de mis orejas, grandes y despegadas, horrendas, hechas siempre una carnicería... No tenía el diablo por dónde cogerme.

Menos mal - ¡ay, *más mal* aún! - que yo no era tonto. Yo había nacido para idiota; mi insensatez me hubiera ahorrado muy malos ratos; pero no, no nací idiota ni aun bobo ni mentecato siquiera; antes bien nací despierto, despabilado, listo, talentoso. Lo decía el maestro, que me tenía por lo más florido de su escuela, en la que realmente yo era siempre el primero, descollando entre todos mis condiscípulos.

Había entre éstos uno, hermoso como un querubín, con una de esas cabezas que sólo se ven en las estampas, en los cromos ingleses, en los cuadros de los grandes pintores... Era un niño rubio y blanco, de rizados cabellos de oro, ojos negros como dos moras y boca de fresa con dientecitos de nácar. Iba siempre bien vestido, era alto y recio, arriesgado, valiente, un poquito soberbio; pero, en cambio, era un redomado holgazán o un necio de remate... Es decir: esto era lo que yo creía... Luego tuve ocasión de convencerme de que era otra muy distinta cosa; algo celestial, algo inaudito, algo inefable; ¡era un niño mimado!..

Un niño mimado por su madre, por su padre, por sus abuelitos - tenía abuelos -, por sus tías - tenía

tías -, a quienes se imponía el muñeco sólo con el prestigio de su hermosura, de su carita de ángel de altar mayor, de su cuerpo garrido, inquieto, sano; de su gracia y de su picardía...

Mi condiscípulo era un niño mimado, que no sabía porque no estudiaba y que no estudiaba porque no le venía en ganas hacerlo. Pasábase el día haciendo diabluras y jugando, y tenía la casa llena de juguetes: de aquellos juguetes que yo veía en los escaparates de las tiendas, cuyos vidrios se empañaban con mi aliento... ¡Oh niño feliz, extraído con pinzas de oro de un limbo especial en el que no prosperan los niños monstruos, los niños feos, los niños huérfanos, hambrientos, desnudos y llenos de lacerias...; a quienes sus padres no golpean ni llaman cabezones, sapos, ranas pisadas...; en cuyas cabezas de serafín no anida mortificante, cruel, inextinguible, el lento dolor que barrena, que aplasta, que atonta!..

¿Por qué aquel niño dichoso se aficionó a mí?.. ¿Quién podría aclarar este misterio?.. No había mal alguno en aquella inclinación, en aquella afección vivísima, creciente..., ni aun el de aproximar mi fealdad a su belleza para que aquella resaltase más, por lo violento del contraste. Me tomó afición *porque sí* - su razón eterna - y se hizo amigo mío, inseparable amigo mío.

Empeñóse él en que yo fuese a buscarlo a su casa todas las mañanas. Rubores y vergüenzas me costó hacerlo; pero comencé a ir, fui, seguí yendo diariamente.

Su mamá, una señora cariñosísima, me recibió con el mayor agrado. El primer día, sí, señores; el primer día que fui, me dijo ya:

- Pasa, hijo mío.

No *pasa*, en seco y a regañadientes; ni *pasa*, *hijo*, por costumbre; sino *pasa*, *hijo mío*, con el mayor amor.

¡Dios te pague, señora, esta primera flor que ofrezco a mi alma!

El papá de mi amigo, al verme por vez primera, quedóse mirándome un momento, admirando, acaso, mi fealdad; me tocó zalamero la cara y me dijo campechanamente:

— ¡Hola, *Piculín!*

¡*Piculín!* ¡Qué gracia! ¡Cuánto nos reímos todos!

Al salir, camino de la escuela, dije a mi amigo:

— ¿Has visto qué *buena sombra* tiene tu papá? (No sabía expresarme de otro modo.) ¡*Piculín!* ¿Por qué no me llamas también tú *Piculín*? ¿Por qué no haces que me llamen *Piculín* todos en tu casa? *Piculín*, *Piculín*... ¡Qué bonito!

Y me llamaron *Piculín* todos, todos..., hasta la criada..., y cuando la sirvienta me llamó *Piculín* por vez primera, la mamá de mi amigo, muy seria y muy enérgica, la reprendió diciéndole:

— ¿Qué es eso de *Piculín*? Que sea ésta la primera y la última vez que se le ocurre a usted semejante cosa. *El señorito* (¡Jesús, María y José!... ¡Me llamó señorito!) ... El señorito es *Piculín* para nosotros; sólo para nosotros. Para usted es el señorito José María... ¿Verdad, *Piculín*?

Y me acarició con sus divinas manos.

¿Me puse yo de rodillas?... ¿Se arrodilló sólo mi alma?

A mi amiguito le servían el desayuno en mi presencia. Aquello era para mí un tormento, porque la mayor parte de los días iba yo ayuno a la escuela, y tratando de evitar que mis ojos cayeran sobre el humeante refrigerio, hacia el cual, instintivamente, se me iban, los hacía vagar desquiciados por toda la habitación, sin saber dónde posarse, dónde dejar descansar sus miradas, atraídas por mi voluntad como jauría de perros hambrientos...

La señora, aquella bendita señora, debió de leer en mi mente como en un abierto libro, y un día dijo a mi amigo con aires de reproche:

— Mira, *Enriquito*: esto no está bien. Haces almorzar a *Piculín* dos veces con esta ración de vista. Lo mejor será que desde mañana se venga sin desayunar y tomaréis el café juntos. ¿Verdad, *hijo mío*?... ¿Quieres, *Piculín*?

¡Dios mío: aquella señora era la Virgen de los desamparados!

Comenzamos a almorzar juntos, y principié a desayunarme yo.

Un día no compartió *Enriquito* conmigo el café cotidiano. *Enriquito* amaneció enfermo. Tenía calentura; tosía... Su madre, alarmada, asustadísima, trataba en vano de hacerle tomar una pócima de la botica. Algún purgante, acaso; pero el enfermito negábase a ello con el poderío de su firme voluntad.



La guerra europea.—El ejército alemán. Una sección de infantería apostada en un bosque (De fotografía de Branger.)



La guerra europea.—El ejército alemán. Sección de ametralladoras en acción. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

— Anda, tontito, le dije yo, tómallo. ¡Si esto es bueno!.. A mí me lo dan muchas veces para el dolor de cabeza (piadosa mentira mía). Sabe a naranja... ¿Quieres que lo tomemos a medias, como el desayuno?..

Que no y que no. Ni a tiros.

— ¡No te querré, no!, le dijo entonces su mamá llorando. No te querré; no te querremos, si no lo tomas: ni yo ni papá ni los abuelitos ni títa... Y... (¿qué era aquello?... ¿Se entreabrían los cielos mostrándome el paraíso?) y querremos a *Piculín*; querré a *Piculín*... Ven, *hijo mío*; ven, tú que eres obediente, tú que eres bueno...

Me acerqué a ella, sentóse en una silla, tomé en su halda, y abrazándome amorosa, acercó a mis mejillas — a mi cara de monstruo — su boca fresca, su boca perfumada, su boca maternal, y me besó una vez, dos veces, tres veces...

Enriquito se reía pícaro.

Yo rompí a llorar inconsolable...

¡Sólo por esta acción te abrirá Dios las puertas de la gloria, oh mujer, oh madre, que traspasaste mi corazón con el puñal de oro de tus besos! ¡Bendita tú seas, entre todas las mujeres!..

Y murió *Enriquito*; se marchitó la flor, plegó sus alas de nieve y de oro la mariposa, y el ángel extendió las suyas.

Su pobre madre, su santa madre, enloquecía de dolor. Miraba al enfermito, me miraba a mí... Yo lo leía en sus grandes ojos de Dolorosa, en sus bellos ojos afligidos; ay, sí; yo lo leía como en un claro libro abierto, y se lo perdonaba de todo corazón; porque yo, en mi foro interno, opinaba también como ella.

— ¡Dios mío! ¿Se mueren así los hijos que tienen madre, y quedan los huérfanos abandonados?... ¿Se mueren así los niños hermosos, hechos a tu imagen y semejanza, y quedan estos pequeños monstruos que no parecen hechura tuya?..

Enriquito no me soltaba de la mano. Me atraía hacia sí, clavando en mí sus divinos ojos de azabache, opacos ya por las eternas sombras...

— *Piculín*... *Piculín*... me decía en sus últimos momentos, ahogado, estrangulado por la pulmonía. Siempre aquí, *Piculín*... ¿Quieres?..

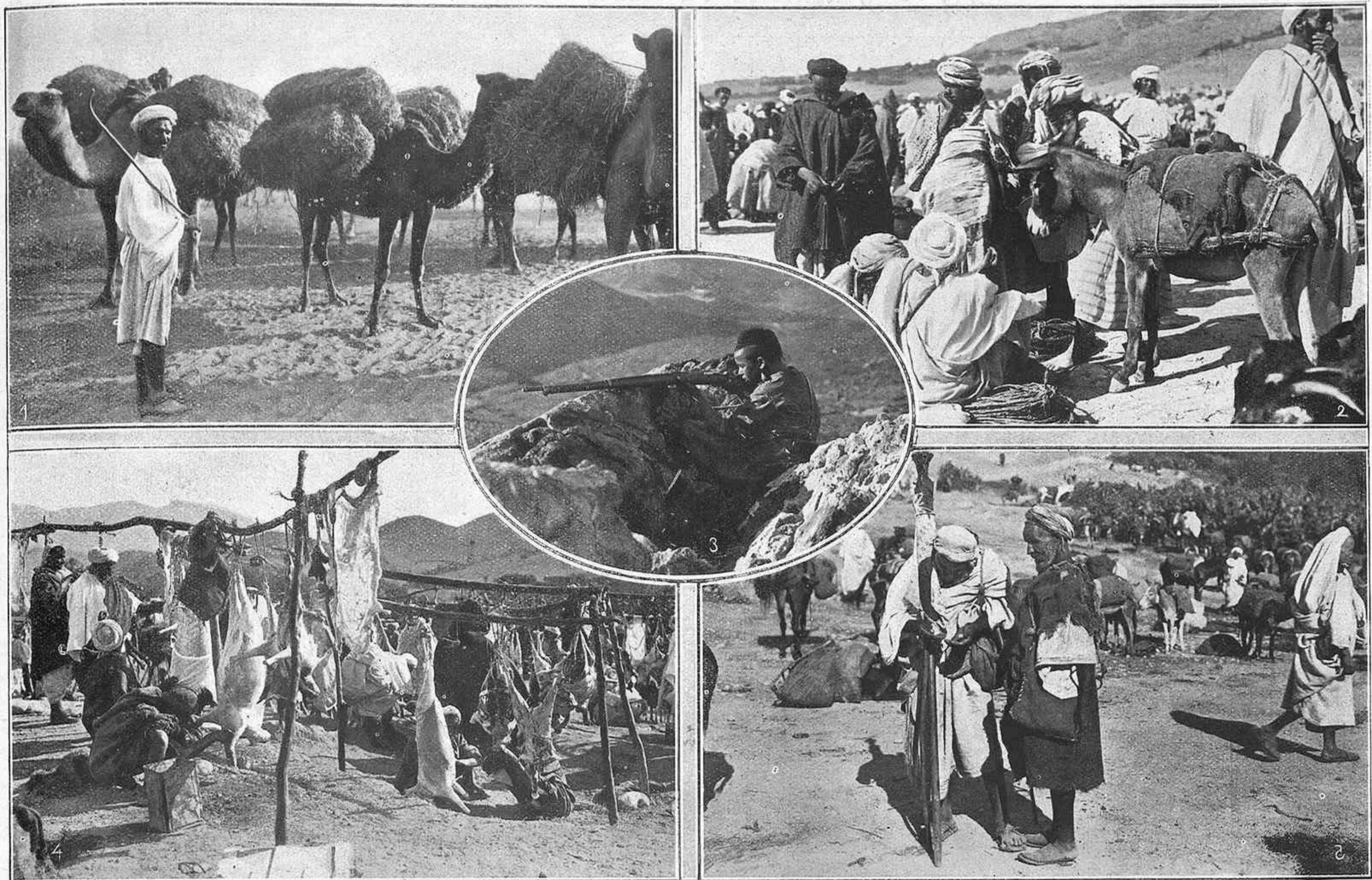
Y reproduciendo inconsciente la sublime escena de consuelo del Calvario, terminó dirigiéndose a su madre, idiotizada por la pena:

— *Piculín* para ti... ¿verdad, mamáita?... Siempre para ti... ¡Siempre contigo! Adios, mamá... *Piculín*, adios...

Se sonrió con su risa pícaro, encantadora y, con ella en los labios, se fué a alegrar el cielo con su hermosura...

* *

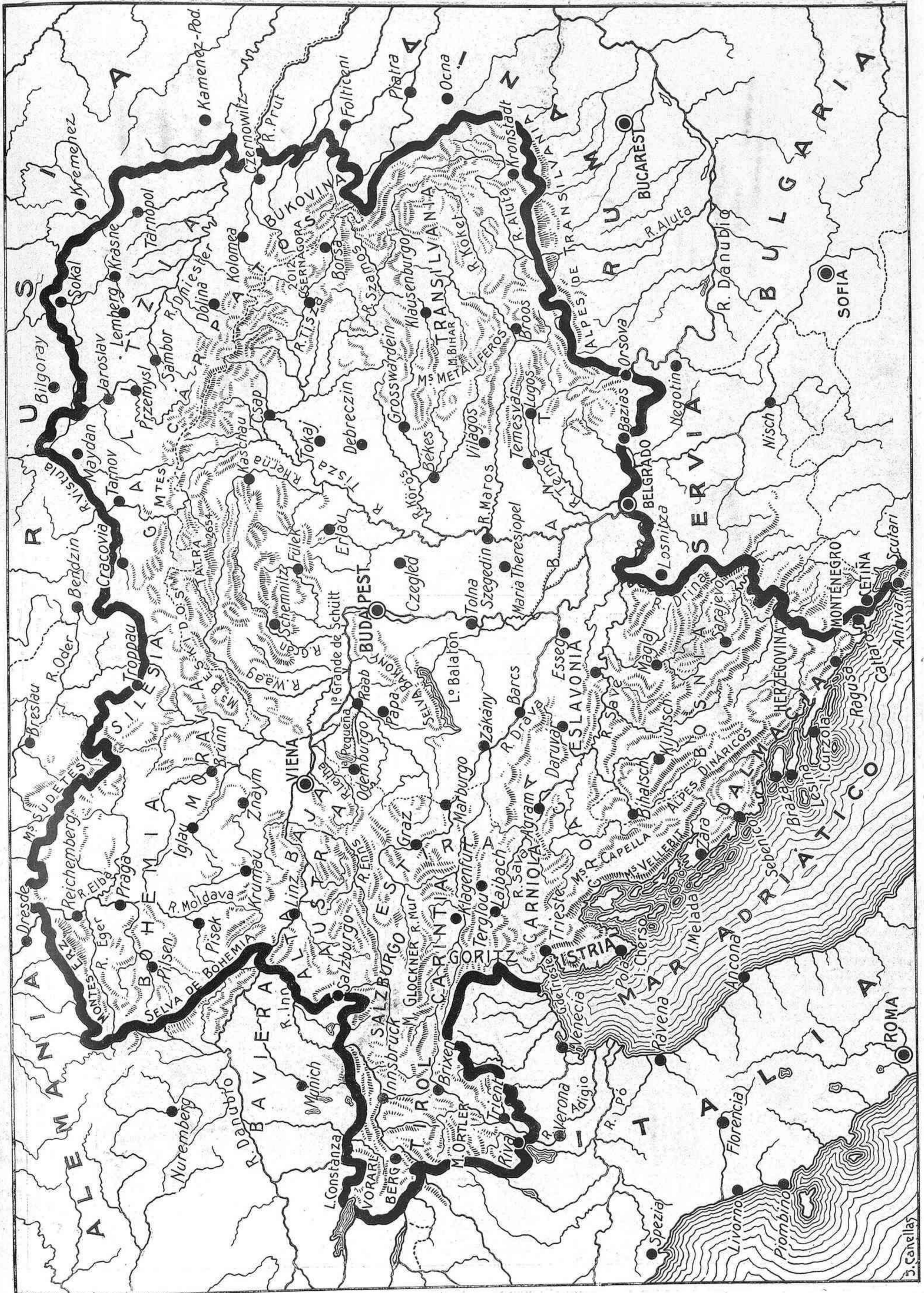
¿Comprende usted ahora por qué, siendo ella tan hermosa, tiene un hijo tan feo, esta bendita madre *mía*?



1. Convoy de camellos que transporta los elementos necesarios para los campamentos desde la Alcazaba de Zeluán hasta Testudín por la llanura del Garet. - 2. Grupo de moras comprando cuerdas de esparto. - 3. Moro de la policía indígena haciendo fuego contra los bandoleros de la orilla izquierda del Kert que entran en nuestra zona para robar a los moros que nos son adictos. - 4. Puestos de venta de carne. - 5. Moro santón contando las limosnas que ha recogido en el zoco para sostener el culto en su mezquita. - 6. Vista general de uno de los zocos establecidos bajo la protección de las posiciones españolas.

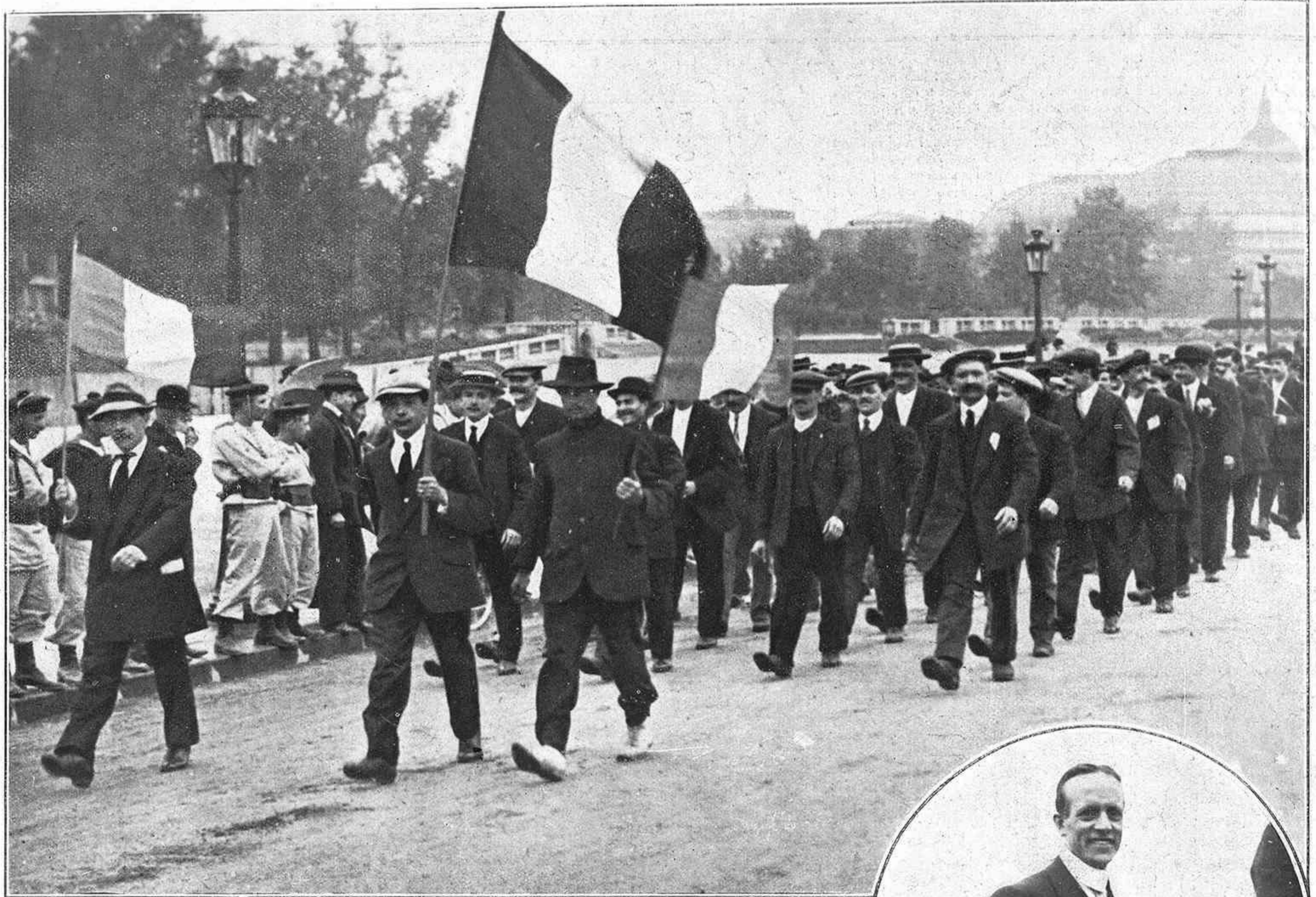


Infantería francesa efectuando un movimiento envolvente. (De fotografía de Branger.) - Cazadores alpinos en acción. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)
Batería dirigiéndose a ocupar una posición. (De fotografía de Branger.)



La guerra europea. - Mapa de Austria-Hungría

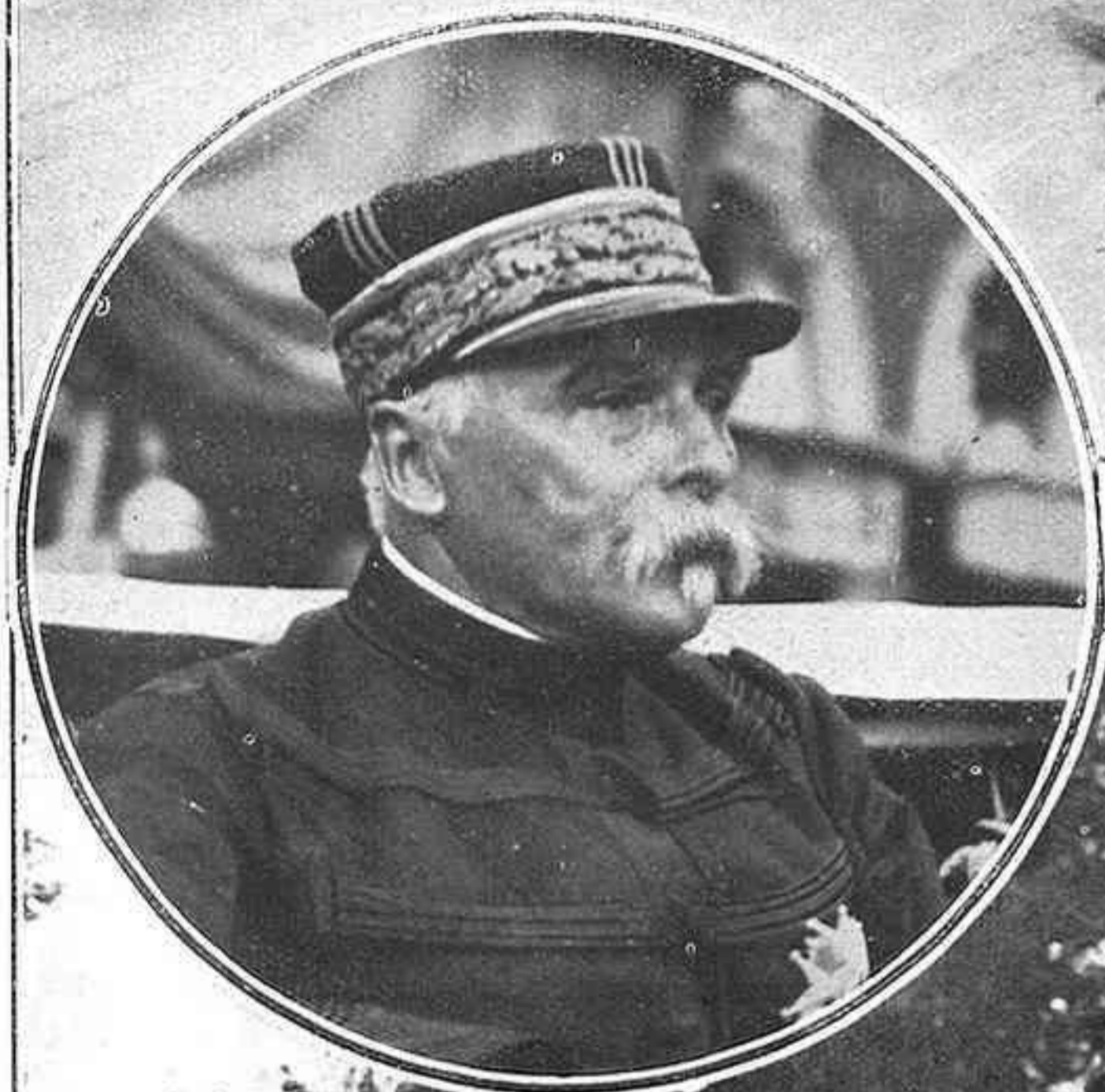
3. Canellas



Voluntarios italianos alistados para mientras dure la guerra. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



El general Peppino Garibaldi, que acompañaba a los voluntarios italianos. -- Desfile de los voluntarios franceses por la plaza de la Concordia. (Fots. de Chusseau-Flaviens y Rol.)



El ministro de la Guerra Sr. Millerand en el cuartel general del general Joffre. (De fotografía de Rol.)



El general Pau, que manda las tropas de Alsacia. - Artilleros emplazando una batería de 75. (De fotografías de Chusseau-Flaviens y Rol.)

LA GUERRA EUROPEA. — EL BOMBARDEO DE BELGRADO. (De fotografías de Argus.)

Los alemanes siguen estrechando el sitio de Amberes, que se resiste enérgicamente. Uno de estos últimos días, la guarnición efectuó una salida sosteniendo una empeñada acción con los para ella desastrosa, con su población en gran parte industrial, sus negocios paralizados y sus costas bloqueadas... El papel de Rusia en la guerra es de los más importantes y el éxito final depende del modo cómo lo realizará... Teniendo en cuenta las estaciones del año y las consecuencias que traen consigo, es menester que Rusia llegue a Berlín dentro de dos meses.»



Casa cercana a la embajada inglesa destruída por una granada austriaca, que además mató a un niño e hirió a dos

sitiadores, quienes, al intentar un avance, fueron sorprendidos por una inundación producida por la apertura de las esclusas de las inmediaciones de aquella plaza. Las aguas invadieron una extensión de algunos centenares de hectáreas y los alemanes se retiraron en desorden bajo el fuego de la artillería de los fuertes, que les causó más de 5.000 bajas. En Amberes han caído varias bombas arrojadas por los *Zepelines*.

El Estado Mayor alemán afirma que los alemanes obtuvieron en Amiens una gran victoria sobre los aliados, a los cuales hicieron 30.000 prisioneros. Las noticias de procedencia inglesa y francesa no dicen una palabra de esta batalla, como tampoco de la toma de Reims, que los alemanes dan como realizada.

El ejército alemán que parecía dirigirse sobre París, ha hecho una conversión hacia el Sudeste, indudablemente con el propósito de envolver al ejército del general Joffre, lo que éste ha sabido evitar dando pruebas de grandes talentos militares en la forma como se ha ido retirando y como ha logrado hacer fracasar los propósitos del enemigo de atraerle a una batalla decisiva en condiciones para él desfavorables. La batalla, según las últimas noticias, se ha empeñado ya en una línea que va de Nanteuil-le-Haudoin a Verdún, en una línea de 195 kilómetros, y por lo que de ella se sabe parece que llevan ventaja los franceses, que, al decir de la nota oficiosa del gobierno francés, han iniciado un avance general. De las posiciones que ocupa el ejército francés se desprende que el general Joffre ha efectuado su unión con el del general Pau.

A propósito del plan que lleva a cabo el general Joffre, escribe un diario de París: «El papel de los ejércitos franco-ingleses es un papel de resistencia... Hemos de combatir, aun cuando hubiéramos de retroceder hasta el Atlántico, sin permitir que Alemania nos aplaste. A Alemania le es absolutamente indispensable obtener su Metz y su Sedán, y una guerra larga sería

para ella desastrosa, con su población en gran parte industrial, sus negocios paralizados y sus costas bloqueadas... El papel de Rusia en la guerra es de los más importantes y el éxito final depende del modo cómo lo realizará... Teniendo en cuenta las estaciones del año y las consecuencias que traen consigo, es menester que Rusia llegue a Berlín dentro de dos meses.»

En la Prusia oriental, los alemanes han obtenido una importante victoria sobre los rusos en Tannenberg. Noticias de origen alemán, autorizadas por el Estado Mayor, dicen que los vencedores hicieron 70.000 prisioneros, entre ellos dos generales, y se apoderaron de más de 500 cañones y de muchas banderas; y añaden que, como consecuencia de la derrota, se han retirado las tropas rusas que quedaban en aquel territorio.

En cambio, obtienen los rusos grandes ventajas sobre los austriacos, habiéndose apoderado de la plaza de Lemberg después de una serie de combates que han durado siete días y en los cuales el ejército austriaco perdió más de 20.000 hombres, entre muertos y heridos, dejando en poder de los vencedores 4.000 prisioneros y gran número de cañones. Igualmente han sido derrotados los austriacos por los rusos en Przemysl y han perdido las poblaciones de Jezupol, Halicz y Nikolaieff, que han caído en poder de aquéllos.

También han sido derrotados los austriacos por los montenegrinos, al mando del general Vukotich, ministro de la Guerra, en Beljanitza (Herzegovina), con pérdida de muchos hombres y material de guerra.

El 29 de agosto último Austria Hungría declaró la guerra a Bélgica.

El día 5 de este mes, el ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña y los embajadores de Francia y Rusia, debidamente autorizados



Efecto de una granada en el palacio real

por sus gobiernos, suscribieron el siguiente documento: «Los gobiernos de Inglaterra, Francia y Rusia se comprometen a no concertar la paz separadamente en el curso de la presente guerra. Los tres gobiernos acuerdan que, cuando haya lugar a discutir las condiciones de paz, ninguna de las tres potencias aliadas podrá proponerlas sin previo acuerdo con cada una de las demás.»



A orillas del Save. — Soldados serbios que desde la declaración de guerra defienden Belgrado contra los austriacos

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



- Te lo agradezco mucho, dijo abrazándola tiernamente. Mis hijos te deberán quizás la paz y la felicidad de su vida

Esta escena fué causa de que los niños se entretuvieran en interminables pláticas. Sofía sobre todo no se cansaba de admirar a su madre, que a sus ojos revestía la grandeza de una heroína de la historia.

Marta no admiraba menos a su bienhechora, a la que hacía mucho tiempo que su corazón le había rendido un ferviente culto; pero aleccionada por las restricciones que empleaba la señora Korzof, al juzgar

su propia conducta, se dió a pensar que en la aplicación de los principios de igualdad, que redujeron en un tiempo a aquella noble mujer, existía también la posibilidad de ciertos peligros.

Sofía no se dejaba convencer; sintiendo la embriaguez en una edad en que el cerebro se forja fácilmente las quimeras más absurdas de aquella densa atmósfera de abnegación, de generosidad, de caridad

universal que envolvía por dondequiera en la casa paterna, se hizo cada vez más entusiasta, más quimérica, como Nadia no lo había sido nunca.

A menudo, en sus pláticas, su madre intentó desviarla de aquel camino; pero era muy difícil el inculcar la prudencia a la fuerza en el cerebro de una muchacha de catorce años, por desarrollada que estuviese, para su edad. Dmitri, a quien su mujer consultó

con motivo del desbordamiento de las aspiraciones juveniles de su hija, aconsejó que dejase que se extinguiesen por sí mismas.

—¿Acaso no estamos aquí nosotros para encauzar el curso o detenerle si es preciso?

Así transcurrió durante un año la vida, en el hospital. El día en que Pedro cumplió diecisiete años fué gran fiesta en aquella casa. Después de terminar sus estudios con unos exámenes brillantísimos, matriculóse en la Academia de Medicina, pensando que ninguna carrera podía ser tan honrosa para él como la de su padre, y que su deber consistía en trabajar bajo su dirección para luego reemplazarle en el hospital, cuando llegase a la edad de descansar.

Volodia hacía ya un año que le había precedido en este camino, no soñando más que con llegar a ser el segundo médico del hospital y el amigo íntimo de Pedro durante toda su vida.

Después de celebrar la fiesta en familia, íntimamente, reuniéronse en un gran banquete todos los que servían bajo las órdenes de Korzof y todos los que, de más cerca o de más lejos, habían contribuido a la educación del que emprendía desde aquel día su carrera de hombre.

La alegría de los invitados era sincera; aquella familia en la que se concentraban los más elevados y nobles sentimientos era objeto del respeto y cariño universal; y la esperanza de ver perpetuarse la tradición de tantas virtudes inspiraba a todo el mundo una gran alegría. Fué para los dos jóvenes una fecha inolvidable.

El lunes siguiente mostróse Korzof muy preocupado; la víspera habían solicitado entrar muchos enfermos en el hospital y todos ellos presentaban los mismos síntomas de una enfermedad, olvidada hacía muchos años y que acababa de aparecer en algunas provincias lejanas. Hasta entonces nada indicaba que fuese a declararse en San Petersburgo, en donde aun no se la había estudiado, más que en algún caso aislado y sin ninguna gravedad.

Interrogado por su mujer, Dmitri, por la primera vez en su vida, trató de ocultar la verdad, pretextando un exceso de fatiga ocasionado por el considerable número de enfermos que había tenido que reconocer durante aquel día.

Nadia estaba tan acostumbrada a creer todo lo que le decía su marido que aceptó fácilmente aquella explicación; pero al día siguiente el hospital estaba lleno, y al ver en el rostro de su marido la misma expresión ansiosa de la víspera sintióse inquieta, aumentando su inquietud al ver que no contestaba de un modo claro y categórico a las preguntas que ella le hizo. Desde luego, pensó que ocurría alguna desgracia, pero como salía muy poco de casa no tuvo ocasión de que los de fuera la enteraran, hasta que al tercer día, al entrar Pedro de regreso de la clase, dijo de pronto a Korzof:

—¿Es verdad, papá, que se ha declarado la peste en San Petersburgo y que ya ha hecho muchos estragos en nuestros enfermos?

Nadia, palideciendo intensamente, quedóse mirando a su marido, esperando su respuesta con mucha angustia.

—Sí, es verdad, dijo Korzof. Yo esperaba haber podido ocultárselo por más tiempo; pero veo que no es posible. La peste nos ha arrebatado once atacados desde el domingo.

—¿Cuántos son?, preguntó Nadia.

—Diecisiete entraron con la infección, pero mañana o pasado habrá cundido el contagio por todas las salas. Ya he dado orden de que no se admitan más que a los pestíferos, pues sería exponer a los demás a morir de una enfermedad mil veces peor que la suya. Va a construirse en el jardín un pabellón que nos será muy útil, y así después de desinfectadas volverán a utilizarse las salas del hospital, para su verdadero uso.

Dmitri hablaba con el propósito de aturdirse y aturdir a su mujer, impidiéndole de este modo que pronunciase algunas palabras que él adivinaba en sus labios. Pedro bajó la cabeza, estaba enterado de los rumores que corrían por la ciudad y conocía el terrible peligro a que su familia estaba expuesta.

En medio de este silencio, oíanse perfectamente los martillazos de los carpinteros que trabajaban en la construcción de la barraca destinada a albergar los apestados, y acaso con el aire libre pudieran salvarse. El joven salió para ver la marcha de los trabajos y Korzof y su mujer quedáronse solos.

—Dmitri..., empezó a decir Nadia callándose de pronto.

El la miró pudiendo leer en sus ojos su temor.

—Sí, respondió él. Pero vosotros debéis marchar.

—Nunca, exclamó Nadia, con firmeza apoyándose en el brazo de su marido; nunca, quedándote tú.

—Entonces, envía a nuestros hijos cuando menos.

—No querrán.

—Calláronse. El ruido de los martillazos resonaba cada vez con más fuerza. Korzof acercóse a la ventana y vió a su hijo que, provisto de un martillo, trabajaba como un obrero.

—Dmitri, exclamó Nadia, ¡esto es demasiado duro!

—Es el deber..., respondió Korzof cogiendo una mano de Nadia entre las suyas.

—¡Ah! ¡si yo hubiera sabido esto!

—Hubieras obrado lo mismo. Además, tanto da esto como otra cosa!

—No, esto es mucho más duro. De otra manera no se sabe cuándo ni cómo, mientras que así... y luego los sufrimientos que son horribles..., ¡porque son espantosos!, ¿verdad?

—Así dicen, dijo el doctor volviendo la cabeza, pero te repito lo que acabo de decirte: ¡lo mismo da de un modo que de otro! Y sobre todo, ¿por qué he de ser yo precisamente con preferencia a los internos o a cualquier otro? ¿no estamos en excelentes condiciones higiénicas?

—Sí, sin duda, pero como tú los visitarás todos los días...

—Nadia, repuso él en voz baja, es el deber; nosotros lo hemos querido así, lo queremos aún y seguiremos queriéndolo hasta el último día, ya sea mañana o dentro de treinta años.

—Tienes razón, dijo ella suspirando, pero yo no me daba cuenta de cuánto te amo.

Los jóvenes recibieron orden de partir para Spak, pero Pedro opúsose terminantemente a separarse de su padre.

—Vaya un médico que sería yo, dijo, si abandonaba mi puesto en el momento del peligro. ¡No se reiría Volodia poco de mí!

Sofía negóse también a abandonar a sus padres; y Marta echóse a reír cuando le hicieron esta proposición. Aquellas valerosas jóvenes reanimaron con su serenidad y alegría el corazón de Korzof y su mujer.

Pero las noticias eran cada vez más alarmantes, la mortalidad aumentaba de día en día, por todas partes veíanse rostros desencajados, personas asustadizas que a la más mínima comezón o al más insignificante granito se creían presa de la peste y hacían testamento.

Como siempre sucede, la plaga había respetado mucho a las clases acomodadas; sin embargo, algunos casos mortales, completamente inexplicables, acabaron de espantar a la gente.

Desde los primeros días, Nadia había renunciado a toda comunicación con los de fuera para no incurrir en la responsabilidad de cualquier accidente entre sus amigos más íntimos.

Pasaron algunas semanas; Korzof, siempre fuerte y animoso, no se rendía a ninguna fatiga, manteniendo con su ejemplo el valor en sus ayudantes y enfermeros, ninguno de los cuales había sido atacado, lo que hablaba muy alto en favor de las buenas condiciones materiales y morales de aquel hospital, único en su género.

A fuerza de vivir en medio del peligro los habitantes del hospital llegaron a considerarse indomables y burlábanse de los de San Petersburgo, que a pesar de rodearse de todas las precauciones imaginables, eran atacados por la peste.

El número de enfermos iba decreciendo y la epidemia parecía tocar a su fin. Entonces fué cuando apoderóse una gran fatiga de la familia Korzof. Parecía que habían agotado todas sus fuerzas, en la resistencia que tan valerosamente habían opuesto al contagio. El mismo doctor hízose menos prudente.

Una mañana despertóse tarde; el día antes había sido invadido por un sueño de plomo y arrojóse en el lecho casi sin darse cuenta. Después de despertarse incorporóse mirando a su alrededor como si los objetos que le eran tan familiares se hubieran convertido de pronto en extraños. Se pasó la mano por la frente con una sensación muy rara de torpeza y de debilidad; después sintiendo algo que le molestaba, tocóse el pecho, cerca de los sobacos, y quedóse inmóvil; su pensamiento acababa de sumergirse en un abismo sin fondo, del que ningún poder humano podía sacarle. Con la otra mano tiró del cordón de la campanilla colocada al lado de la cama, apareciendo en el acto Nadia. De una mirada dióse ésta cuenta exacta de la terrible verdad y precipitóse hacia su marido con los brazos abiertos...

—No me toques, exclamó Korzof, poniendo en sus ojos, que una indecible laxitud cerraba, toda la ternura de una súplica postrera. No me toques si me amas de veras. Impide que vengan los niños y manda a buscar al viejo doctor.

Sin hacer ninguna objeción, volvió Nadia a la habitación contigua, encargó a Sofía y a Marta de una comisión que las alejaba durante algunas horas, dió

prisa a Pedro para que acudiese a la clase, respondiendo a sus preguntas que su padre estaba bien y que se disponía a levantarse; y mandó a llamar al médico, que había pedido su marido, volviendo en seguida al lado de éste. Korzof, muy abatido, aun tuvo la fuerza de sonreír a su mujer; después cerró los ojos y se adormeció.

Cuando llegó el anciano médico no tuvo que constatar la existencia del grano revelador de la peste para convencerse de que su jefe estaba irremisiblemente perdido. Hacía seis semanas que veía constantemente los mismos enfermos para vacilar ni un instante. Advirtieron del suceso a todo el personal, enviando a buscar a los médicos más eminentes de San Petersburgo, que se apresuraron a acudir, celebrando una consulta.

—No sufrirá mucho tiempo, dijo uno de ellos, es todo lo que la Naturaleza puede hacer en su favor.

A la mañana del siguiente día, Nadia, que no se había separado un momento del lado de la cama, vió que la respiración de su marido iba haciéndose cada vez más dificultosa, manifestándose al poco rato sólo por largos intervalos. Elena de infinita angustia Nadia estaba pendiente de ella..., hasta que por último su marido dejó de respirar para siempre.

—¡Todo ha concluido!, dijo en voz baja al anciano doctor, que la contemplaba con los ojos llenos de lágrimas; ya no puede impedirme que le abrace.

Con los ojos secos precipitóse hacia el cuerpo de Korzof, pero el médico la sujetó por un brazo deteniéndola.

—¡Sus hijos!, dijo simplemente.

—¡Ah!, ¡es verdad!, ¡me quedan mis hijos!, exclamó indiferente.

Y dejóse llevar sin oponer resistencia alguna.

X

La noticia de la muerte del Dr. Korzof causó en todo San Petersburgo una enorme consternación. Olvidando el miedo al contagio, que los había tenido alejados hasta entonces, los amigos de la familia reuniéronse en torno de ella. Dijérase que aquel terrible azote había apaciguado sus iras, después de haber elegido como a su víctima, aquella noble presa, aquel hombre que figuraba entre los mejores y más dignos. En efecto, la epidemia disminuía rápidamente y muy pronto no quedó de su terrible aparición más que el luto de los que habían perdido seres queridos y el sentimiento de su irreparable pérdida.

Nadia, que soportó al principio aquel terrible golpe con una inexplicable entereza, estuvo un año entero sin recobrar la posesión de sí misma. Cumplía todos sus deberes con regularidad mecánica; nunca, ni aun en los primeros días que siguieron a la muerte de Korzof, descuidó la vigilancia ni ninguna de sus ocupaciones. Hallábase siempre pronta a contestar a una consulta, a dar un consejo, a reparar el olvido de otro; pero su pensamiento estaba en otra parte; veíase que vivía únicamente sumergida en su pasado y que únicamente la sostenía el sentimiento de su responsabilidad. Sus mismos hijos, que ella amaba tanto, parecían pertenecerle más bien por los deberes que la ligaban a ellos que por el afecto que les tenía; el alma entera de Nadia había seguido a su marido más allá de la vida.

Así transcurrió un año; sus hijos sufrían mucho a causa de aquel estado moral de su madre, que no por ser moribundo estaba menos lleno para ellos de tristezas y de amarguras.

Pedro, cuyo entendimiento maduro ya por el trabajo y por las serias meditaciones, era casi un hombre, explicábase mejor el estado del espíritu de su madre; pero su hermana, cuya naturaleza espontánea, impulsiva y apasionada avenía mal con la frialdad y la reserva, rebelábase contra la rigidez exterior, contra la aparente indiferencia de aquella madre tan amada, y Sofía casi llegaba a los límites de la malicia en fuerza de sufrir.

Vanamente esforzabase Marta en consolarla y probarle que el estado aquél no podía ser duradero y que había de recobrar otra vez por completo a la amada madre que lloraba entonces como si se hubiera muerto.

Sofía no quería escucharla.

—Tú no sabes qué suplicio es el de amar tan tiernamente a un ser que no nos ama, exclamó ella cierto día deshecha en lágrimas. Tú tampoco sabes lo que es eso, Volodia. Es un dolor tan grande que se siente el deseo de morir para no sufrirlo más.

Marta permanecía silenciosa, sin poder hallar argumentos con que rebatir a su amiga. Fué Volodia el que fijando gravemente los ojos en la joven la dijo con voz casi severa:

—Sofía, estás hablando como una niña. Todos conocemos el dolor de no ser amados tanto como

deseamos. Ciertamente que es una cosa que hace sufrir mucho, pero cuando se alberga en el alma sentimientos altos y generosos no se desespera uno por eso, sino que se sufre pacientemente, y se espera aunque nuestra esperanza sea engañosa. En cuanto a ti, tú no eres digna de lástima, porque sabes perfectamente cuánto te aman; la que no sabe amar eres tú, puesto que no perdonas a los seres queridos el que los separe de ti, momentáneamente, un profundo dolor... ¿Será que eres egoísta, Sofía?

La joven, pronta a la rebelión, fijó sus ojos en su amigo de la infancia, y al verle tan grave y tan triste, murieron en sus labios, antes de nacer, las coléricas palabras de reconciliación que iba a dirigirle.

Volodia, como su hermana Marta, no era expansivo en sus afectos; concentrábalos, al contrario, en el interior de su pecho, para no mostrar su tesoro más que en las grandes ocasiones.

Más de una vez Sofía pudo convencerse de que era un buen consejero, y en medio de las nimias cóleras que despertaban de cuando en cuando en su ánimo las reprimendas, tuvo que reconocer que estaba siempre del lado de la justicia y que el joven tenía siempre razón, por mucho despecho que le causara el verse censurar cuando quería hacerse compadecer.

— ¿Egoísta? No, no lo soy. Yo no sueño y creo, Volodia, que al emplear mi vida al servicio de los demás, al sacrificarme por ellos...

— Los sacrificios tal como tú los comprendes, dijo él interrumpiéndola con un gesto grave, y cogiéndole la mano, no son más que cosas brillantes, objetos de lujo por decirlo así. Son como una especie de ornamentos para aquel que se los impone. Atraen sobre sí la admiración de los demás, reportándoles por ellos una pronta recompensa. El sacrificio, tal como yo lo comprendo, es mudo y sin relieve; como no se muestra, no provoca ni el aplauso ni la alabanza. Cuando sentís un gran desdeseo de molestar a una persona querida en su trabajo o en sus meditaciones, para hacerle vuestras confidencias, es ella la que os aconseja que no la distraigáis en sus pensamientos; ella es la que os hace disculpar la pena que os causan seres queridos, pero aturridos o egoístas. Este sacrificio, Sofía, nadie lo conoce más que nosotros mismos, y si tú supieses practicarlos respetarías el dolor de tu madre; tú no sabes lo que es perder al compañero de su vida; no hay en el mundo pena mayor si no es la de saber que uno no significará nunca nada para la persona que ama, terminó abandonando su mano en voz baja y apartando algo su rostro del de ella.

Sofía, le miró perpleja y confusa. Más de una vez había creído percibir en la actitud del joven una confiada ternura, más grave y profunda que la amistad fraternal. Pero, ¿por qué la reñía siempre? ¿Por qué la censuraba sin cesar? Cuando se ama, no se propone uno ser desagradable en todos los momentos y por cualquier motivo.

La joven abandonó suspirando la sala de estudio que era el escenario habitual de sus escaramuzas.

Marta no había desplegado los labios. Paciente y grave, presenciaba la vida de los demás con un perfecto desinterés; no porque no colaborase en ella generosamente, con todo el valor y actividad propios de su ser, sino porque creía estar hecha nada más que para los papeles secundarios, como decía placenteramente.

— Yo no he nacido más que para tí, cuñada, madre, todo lo que se quiera con tal que no se me exija que me lance yo en medio de la pelea.

Volodia acercóse a la excelente muchacha que le miraba con una dulce piedad.

— Yo te aseguro, dijo ella respondiendo al pensamiento interior de su hermano, yo te aseguro que en el fondo ella es muy buena; tiene excelentes cualidades, pero el sufrimiento la hace ser injusta.

— ¿A quién se lo dices?, dijo él volviendo el rostro. ¿Sabes, Marta?, añadió después de una breve pausa, tengo ganas de irme a una Facultad de provincias, a Moscú o a Kíef; creo que allí haría mejor mi carrera.

Su hermana no le contestó nada; pero púsose muy pálida, con los ojos fijos en él, como si esperase una explicación.

— No soy lo que antes era. No sé si es porque me he vuelto un pedante insoportable, pronto siempre a poner cátedra de moral; pero Sofía no es la única que se aleja de mí; también Pedro busca otras amistades. Se ha hecho íntimo de un tal Nicolás Stepline, del que no auguro nada bueno.

— ¿Stepline?, dijo Marta como queriendo recordar. Este nombre no me es desconocido.

— Es uno de esos jóvenes de origen plebeyo que, al perder las virtudes del pueblo, no ha sabido adquirir las de las clases superiores; es mal educado,

ladino, grosero en el fondo, aunque se esfuerza por parecer modesto. No puedo explicarme el atractivo que ejerce sobre Pedro, a no ser por la ley de los contrastes, pues nuestro Pedro es el reverso de la medalla de ese muchacho tan antipático. Pues bien, siempre están juntos y me sorprende que no le haya traído ya a esta casa.

Volodia se quedó pensativo, apoyando después la mano en el hombro de su hermana.

— Este es el motivo, Marta, dijo como terminando su pensamiento, por lo que creo que no haría mal en irme. Cuando la amistad no es útil la dignidad exige que uno se retire.

— ¿Y precisamente en el momento en que Pedro contrae malas amistades es cuando te juzgas tú inútil?, preguntó Marta, silenciosa hasta entonces.

Volodia encogióse de hombros, con aire mohino.

— ¿Qué pensaría el Dr. Korzof al oírte hablar así?, continuó diciendo la joven con un acento de autoridad que contrastaba singularmente con su modestia y con su sincero deseo de no querer juzgar nada por sí misma. ¿Y qué opinaría también Nadia si supiese lo que premeditas? ¿De modo que aprovechas el momento en que, absorta ella en su dolor, no se fija en nada de lo que pasa en torno suyo para abandonar cobardemente a sus hijos? ¿No sabes, acaso, que desde la muerte del doctor somos tú y yo los continuadores de su misión? ¿No has visto que esa mujer desdichada, no consagrándose más que a su pena, se olvida momentáneamente de sus deberes, y que sin nosotros sus hijos carecerían de guía y de consejos? ¡Ah!, ¡hermano mío!, ya veo que te has dejado arrastrar por la irreflexión al dejar penetrar en tu espíritu esas cobardes ideas de desesperanza y de desaliento.

El joven llevóse lentamente a los labios la mano de su hermana.

— Marta, dijo, tú eres la sabiduría y la abnegación personificadas; por eso eres tú la que debes quedarte aquí... Para mí esta misión se ha hecho ya muy penosa... la considero superior a mis fuerzas desde que sé que Sofía me detesta.

Marta miró fija y compasivamente a Volodia, como queriendo penetrar hasta el fondo de su alma.

— Sí, dijo ella, ya lo sé. Pero, ¿dónde residiría el mérito si el sacrificio fuera fácil, si la tarea no resultase penosa? ¿Valdríamos, acaso, más que los cobardes y los remisos si retrocedíamos ante el dolor cuando hay que cumplir con el deber? ¿Crees que yo no sufro al verte sufrir? Pero la gratitud hacia la memoria de Dmitri Korzof y la que debemos a su mujer, nos impide el portarnos cobardemente. Aquí nos quedaremos, hermano, mientras que seamos útiles; y se me figura aún que tenemos para mucho tiempo.

El joven arrojóse a los brazos de su hermana, y los dos huérfanos estuvieron estrechamente abrazados durante algún tiempo.

— Recelo, repuso él, cuando hubo recobrado la calma, que Sofía no se haya vuelto orgullosa y que me considere muy inferior a ella a causa de la posición que ocupo en esta casa.

— Aunque así fuera, replicó Marta, tendríamos que resignarnos y perdonarle esta genialidad en aras del amor que sentimos por sus padres.

Marta miró a su hermano, leyendo en sus ojos que semejante capricho era la muerte para él de todo lo que desde la infancia cultivaba religiosamente en el fondo de su alma.

Volodia amaba a Sofía, como amaba a Pedro, porque era la hija de sus bienhechores; este abnegado afecto revistió otra forma con el curso de los años. Ahora la amaba demasiado. Hubiera hecho el sacrificio de su juventud entera por vencer el poderoso atractivo, el sentimiento irresistible, que esclavizábale a sus pies; pero si uno puede ahogar el amor cuando se da cuenta del peligro, es muy difícil volver a recobrar el dominio de su alma, cuando uno sin saberlo se la ha dado a otro por entero. Él amaba a Sofía y, buena o mala, la amaría siempre. Según fuese una cosa u otra, llenaría de dolor o de dicha la vida del que la amaba.

— Tienes razón; cumpliré con mi deber.

Ambos se estrecharon la mano como dos camaradas que van a entrar en fuego. Aquellos dos seres valerosos habían marchado siempre en todas las luchas de la vida muy unidos el uno junto al otro. Esto sería su eterna recompensa y su eterno consuelo.

Al hallarse la familia aquel día reunida para tomar el te, Pedro, que hacía ya algún tiempo que se ausentaba siempre a aquella hora, se mostró singularmente amable con su madre y hermana. En el momento en que la señora Korzof se disponía a entrar en su cuarto, su hijo se aproximó a ella para darle las buenas noches y besar su mano como de costumbre.

— Mamá, dijo, tengo que hacerte una súplica. ¿Me permites que traiga aquí a uno de mis camaradas, estudiante de Medicina como yo?

— ¿Quién es?, preguntó Nadia con aire distraído.

— Se llama Nicolás Stepline, repuso Pedro ruborizándose ligeramente.

— ¿Stepline?, repitió la señora Korzof, buscando aquel nombre en su memoria, en tanto que su hijo esperaba su respuesta con alguna inquietud. ¿Es de buena familia? ¿Le conoce Volodia?

— Sí, repuso lacónicamente el joven.

— ¿Y qué tal es?

— Si quiere usted saber mi pobre opinión, repuso Volodia, creo que puede usted recibirle en su casa lo mismo que a otro cualquiera.

Nadia pareció salir de su ensimismamiento.

— ¿Qué quieres decir con eso?, preguntó.

— Que Stepline tiene el inconveniente, como muchos otros jóvenes, de no estar educado más que a medias. En una palabra, que no pertenece a la buena sociedad; ha salido del pueblo y, como todos los de origen humilde, podrá tener moralmente mucho mérito; pero su trato deja mucho que desear para los seres más refinados.

— ¡Oh!, por mucho que hagas, repuso Nadia con sonrisa maternal, tú siempre serás un aristócrata, Volodia. Pues bien, Pedro, puedes traer a tu amigo, pero te recomiendo que seas prudente. Ya sabes con qué circunspección hay que formarse en la juventud amistades que pueden convertirse más tarde en un grillete para toda la vida.

Al cabo de poco rato disolvióse la pequeña reunión, dirigiéndose cada cual a su habitación.

Nadia estaba leyendo sola en su cuarto, cuando oyó llamar a la puerta. Creyendo que era su doncella que iba para reparar algún olvido, dijo que entrara, quedándose sorprendida al ver que era Marta.

— ¿Qué quieres, hija mía?, preguntó con su acostumbrada bondad.

— ¿No la molesto a usted? Quisiera que me concediera un momento de atención.

— No, hija mía, no me molestas, puesto que me necesitas, repuso Nadia algo sorprendida.

Marta sentóse a su lado en una silla baja y miróla con aquella expresión de firme confianza que prestaba tanto encanto a su honesto semblante.

— ¿Se trata de una confidencia?, preguntó Nadia con el propósito de alentarla.

— No, mi bienhechora, replicó la joven. ¡Oh!, si supiese usted cuán penoso y difícil es lo que tengo que decirle. Si no logro hacerme comprender, corro el riesgo de que usted me deteste, de que me arroje de su presencia... y, sin embargo, yo la aseguro que el afecto más puro y el respeto más sincero son los que me obligan a dar este paso.

— ¿Qué es lo que pasa?, preguntó Nadia frunciendo ligeramente el entrecejo.

— Sofía sufre, dijo valerosamente Marta arrojándose sin vacilar en medio del peligro. Sofía se figura que usted ya no la quiere. Su carácter ha cambiado y yo ya no ejerzo bastante imperio sobre su ánimo para guiarla como yo quisiera.

— ¿Te refieres a Sofía?, dijo Nadia con asombro. Yo creí que ibas a hablarme de ti misma.

Vibraban asomos de altivez y desdén en las palabras de Nadia, pero Marta sentía una resolución tan firme que nada podía desanimarla.

— La hablo a usted de Sofía. Cree que ya no la quiere usted, repitió animosamente la joven.

— ¿De dónde ha sacado eso?, preguntó la madre.

Había llegado el punto difícil de la cuestión, el obstáculo casi insuperable. Marta tomó aliento antes de hablar.

— Porque ya no se ocupa usted de ella, dijo de un tirón.

Nadia, al oír esto, hizo un movimiento tan brusco que se cayó al suelo el libro que tenía sobre sus rodillas. La joven se apresuró a cogerlo, poniéndolo encima de la mesa.

— ¿Que yo no me ocupo de mi hija?, preguntó la señora Korzof con frialdad. ¿Eres tú o es ella la que dice eso?

— Ella lo dice y yo lo pienso. Sofía por esta causa sufre y llora; se hace amarga e injusta y todo ello porque el corazón de su madre embebecido en su dolor irremediable no piensa más que en el luto que la desgarró el alma. ¡Oh!, mi bienhechora, mi corazón sangra mientras la hablo y me mira usted con esos ojos enojados. Y, sin embargo, no le digo más que la verdad. Usted vive continuamente con su querido muerto y no ve ya a los vivos, y por eso es por lo que sufren sus hijos. Permítame usted que me atreva yo a decirselo. ¿Quién sabe lo que les resta por sufrir en lo porvenir si desvía usted de ellos su maternal solicitud!

(Se continuará.)



Efectos de una bomba arrojada desde un «Zeppelin»; la pared destrozada distaba diez metros del sitio en donde estalló la bomba



Quinta destruída por una bomba arrojada desde un «Zeppelin». (De fotografías de L. N. A. Photo.)

FALLECIMIENTO DE S. S. EL PAPA PÍO X

Una hora después del fallecimiento de S. S. el Papa Pío X, ocurrido, según dijimos oportunamente, en la madrugada del 20 de agosto último, celebráronse misas en la capilla reservada, con asistencia de los funcionarios palatinos y de numerosos cardenales; al mismo tiempo, tres cardenales dijeron misas de cuerpo presente en un altar levantado en el dormitorio del Pontífice.

A las diez de la mañana, el cardinal camarlengo, monseñor Della Volpe, penetró en la cámara mortuoria y se hizo cargo del cadáver de Pío X, levantando luego acta de la defunción en presencia de los cardenales que se encontraban en Roma, y procediendo seguidamente a sellar todas las habitaciones del Vaticano.

A las cinco de la tarde, el cuerpo de Su Santidad, revestido de pontifical, fué trasladado a la sala del Trono, en donde quedó expuesto; pero la exposición duró sólo una hora a causa de la rápida descomposición del cadáver.

Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, efectuóse el traslado a la basílica de San Pedro, formando el cortejo los cuerpos armados pontificios, la corte y veintidós cardenales presididos por el camarlengo. El Capítulo de San Pedro hizo cargo del cuerpo de Su Santidad, que fué depositado cerca del altar de la Confesión, en donde el vicerregente cantó un responso ante los cardenales y demás personas del acompañamiento. Después, el cadáver, conducido en brazos por ocho palafreneros, fué llevado a la capilla del Sacramento, quedando allí velado por guardias nobles, que también prestaron servicio de honor en las verjas de la capilla. A las once y cuarto terminó la ceremonia y se abrieron al público las puertas de la basílica, desfilando por delante del cadáver muchos millares de personas.

Durante la mañana del 22, rezáronse en la basílica misas en sufragio del alma de Pío X, habiendo asistido a todas ellas un enorme número de fieles; y a las cuatro de la tarde dióse por terminado el des-

file del público, calculándose que fueron más de 200.000 las personas que desfilaron durante aquel día por delante del cadáver.

Cerráronse entonces las puertas del templo y comenzaron los preparativos para el sepelio, que se efectuó a las seis con extraordinaria solemnidad. Re-

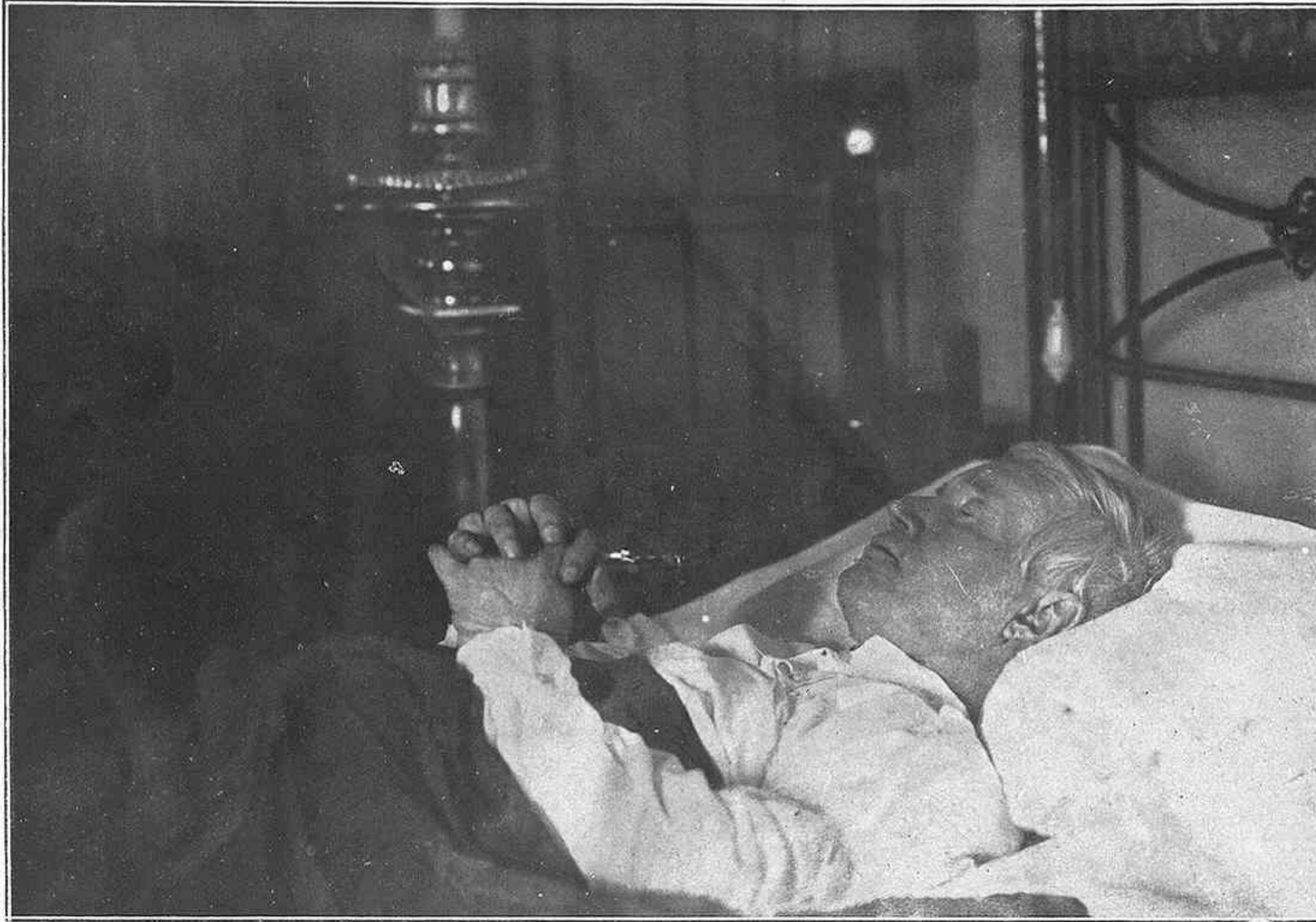
El viceprefecto del palacio cubrió el rostro del Papa, que los *sedari* habían dejado descubierto, con un velo blanco y el viceprefecto de ceremonias colocó sobre aquel velo otro. Luego se depositaron en el féretro el acta de defunción y tres bolsas con medallas acuñadas durante el pontificado de Pío X.

A las seis y cincuenta minutos fué colocada la tapa de la primera caja, presentando armas durante aquella operación la guardia noble y la guardia de honor palatina; y acto seguido monseñor Della Volpe y monseñor Merry dei Val, acompañados del mayordomo mayor, monseñor Ranzuzzi, colocaron los sellos sobre la tapa del féretro.

A las siete y media fueron cerradas las tapas de la caja de zinc y la exterior, que era de olmo, y de nuevo se formó el cortejo precedido de los guardias nobles. El féretro fué colocado en un cochecito arrastrado por los *sampietrini* o vigilantes de la basílica de San Pedro, que lo llevaron hasta el altar de la Confesión, en donde, por medio de una grúa, fué descendido a los subterráneos. Retiráronse entonces los cardenales y después que el vice-

regente hubo dado la absolución al cadáver, los *sampietrini* depositaron el féretro en la tumba provisional. A las ocho y diez minutos concluyó la ceremonia del entierro, a la que asistió un millar de invitados.

El testamento de Pío X, otorgado en 1911, es un documento breve y sencillo en el que se reflejan la bondad y la caridad de aquel Papa, que vivió siempre con la mayor modestia, dando cuanto tenía a los necesitados. Después de una conmovedora profesión de piedad y de fe, expresa el Pontífice su voluntad de morir en la mayor pobreza, ya que en la mayor pobreza nació, y después de recomendar a la protección y benevolencia de la Santa Sede la suerte de sus ancianas hermanas, lega al Papa que le suceda la cantidad de 100.000 liras que recibió de un caballero anónimo, en concepto de donación personal. En los últimos párrafos, dispone que no se embalsame su cadáver y que sus funerales sean sencillos, evitándose que estén revestidos de toda solemnidad.



Su Santidad el Papa Pío X en su lecho de muerte. (De fotografía de Argus.)

unido en la capilla Julia el Capítulo de San Pedro, dirigióse procesionalmente, y acompañado de los chantres, a la capilla del Sacramento para hacerse cargo del cadáver de Su Santidad, que fué conducido por seis *sedari*, o portadores de sillas, revestidos de capas de terciopelo negro, a la capilla del Sagrado Corazón, en donde daban guardia de honor los guardias nobles y en donde había preparada una triple caja y una mesa cubierta con damasco encarnado y rodeada por veintidós cardenales y el Cuerpo Diplomático acreditado cerca del Vaticano. Mientras los chantres entonaban el *Miserere*, los *sedari* colocaron el cadáver sobre la mesa y, después de rezado un responso, cubrieron el cuerpo de Su Santidad con un paño encarnado y lo depositaron en la primera de las tres cajas, que era de madera de pino. El canciller del Capítulo leyó el acta de la entrega del cadáver de Pío X y monseñor Galli pronunció la oración fúnebre del difunto Pontífice.

El Emperador Guillermo II, íntimo

POR D. Juan B. Enseñat, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EDICION ILUSTRADA



S. M. el emperador Guillermo II de Alemania

La presente guerra europea ha venido a dar un palpitante interés de actualidad a esta obra que ya obtuvo extraordinario éxito a raíz de su publicación, todavía reciente.

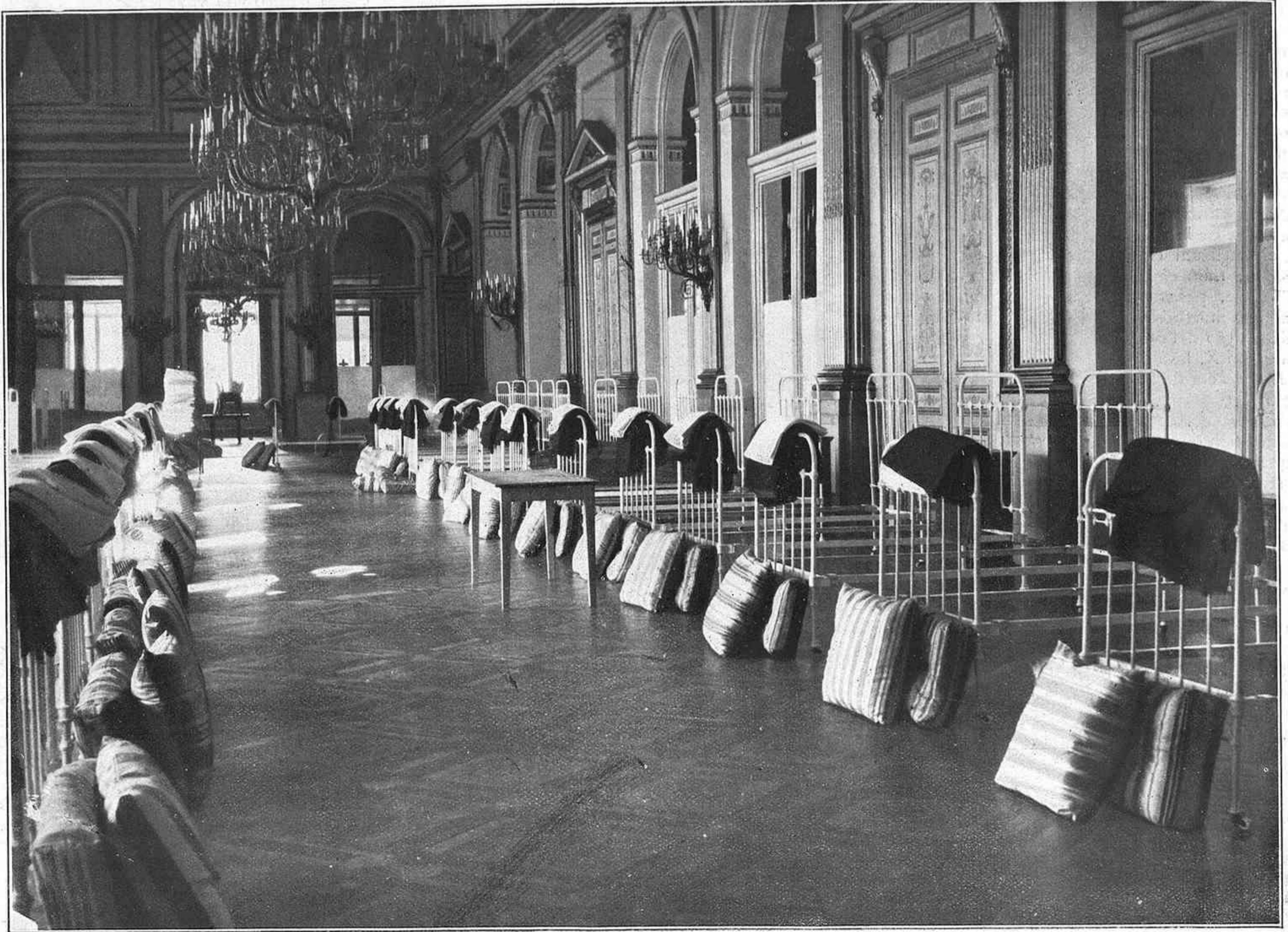
En ella encontrará el lector la explicación de muchas cosas que en el actual conflicto y principalmente en la acción germánica han sorprendido, desde el primer momento, y sorprenderán sin duda aun mucho más a los que no estén iniciados en ciertas interioridades de la política alemana ni en el íntimo modo de ser de Guillermo II.

En esta obra se presenta al Emperador en su intimidad más desconocida y en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Con el monarca, se da a conocer la corte que en torno de él se mueve, y, al relato de anécdotas curiosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dignas de excitar vivamente la más legítima curiosidad.

Un tomo lujosamente encuadernado e ilustrado con profusión de grabados. Precio, 6 pesetas.

LA GUERRA EUROPEA. - LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA



Bruselas. - Salón de baile del Palacio real convertido en hospital. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

VIDA NUEVA, por J. E. Levis. - El distinguido escritor portorriqueño Sr. Levis ha planteado en esta novela un interesante problema de la vida conyugal, desarrollándolo en una acción perfectamente conducida, con personajes muy bien observados y exornándola con episodios que cautivan la atención del lector. Abundan en *Vida nueva* las descripciones pintorescas y los pensamientos felices, resultando de la conjunción

de tales elementos una obra que se lee con verdadero gusto. Un tomo de 206 páginas con un prólogo y el retrato del autor, impreso en Bayamón (Puerto Rico) en la tipografía El Progreso.

TRATADO COMPLETO DE RELIGIÓN, por D. Cayetano Soler, Pbro. Segunda edición. - Brillan en este tratado solidez de doctrina, erudición extensa, amena y varia ilustración, abundancia de selectas autoridades bíblicas que confirman la fe y de observaciones y anotaciones que esclarecen las doctri-

nas elevadas hasta ponerlas al alcance de todas las inteligencias. Es un libro, en suma, que responde plenamente a las recomendaciones y ordenaciones del Vicario de Dios sobre enseñanza del Catecismo, constituye una Teología completa y es inmejorable como libro de texto y como obra de divulgación. Esto explica el éxito de este tratado, que ha sido adoptado como texto por innumerables centros de enseñanza y cuya segunda edición ha sido esmeradamente corregida y puesta al día por su mismo autor. Un tomo de 360 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio. 2 pesetas en cartón.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Cuidadas por el El más activo y económico, el único Inalterable. - Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. París.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL APÍOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDO, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165. Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS Paris

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS - St-Denis, 16

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILIVORE DUSSE**, 1. rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN